

www.elboomeran.com

JOYCE CAROL
OATES
MUJER DE BARRO

Traducción de María Luisa Rodríguez Tapia

ALFAGUARA


«¿Qué es el hombre? Una bola de serpientes.»

FRIEDRICH NIETZSCHE,
Así habló Zaratustra

Aquí mis más frágiles hojas, que son, sin embargo,
[las más duraderas,
Aquí protejo y oculto mis pensamientos, no los
[dejo al descubierto,
Y sin embargo, ellos me delatan más que todos mis
[otros poemas.»

WALT WHITMAN,
«Aquí mis más frágiles hojas»

«El tiempo es una forma de impedir que todas las cosas ocurran a la vez.»

ANDRE LITOVIK,
«El universo en evolución:
origen, edad y destino»

Niña de Barro en la tierra de Moriah

Abril de 1965

Debes estar preparada, dijo la mujer.

Preparada no era una palabra que la niña comprendiera. En la voz de la mujer, *preparada* era una palabra de calma y quietud, como agua reluciente en las marismas junto al río Black Snake que la niña pensaba que parecían las escamas de una serpiente gigante cuando una estaba tan cerca de la serpiente que no podía verla entera.

Porque ésta era la tierra de Moriah, decía la mujer. Este lugar al que habían llegado de noche era el lugar prometido, en el que sus enemigos no tenían poder sobre ellas y nadie las conocía ni las había visto.

La mujer hablaba con la voz del agua tranquila y reluciente y enunciaba sus palabras con claridad, como si estuviera traduciendo a ciegas mientras hablaba y las palabras que traducía tuvieran formas extrañas y se hubieran encajado de cualquier manera en su laringe; le dolían, pero el dolor no le era desconocido, y había aprendido a encontrar en el dolor una felicidad secreta, demasiado maravillosa para arriesgarla reconociéndola.

Nos está diciendo que confiemos en Él. En todo lo que se hace, confiemos en Él.

De la bolsa de lona en la que, durante los días y noches de recorrer la carretera serpenteante que salía de Star Lake hacia el norte, había guardado lo necesario para llevarlas hasta la tierra de Moriah sanas y salvas, la mujer sacó las tijeras grandes.

En su sueño exhausto, la niña había oído los chillidos de los cuervos, como tijeras que cortaran el aire en las marismas junto al Black Snake.

Entre sueños, había olido el olor intenso y salobre a aguas estancadas y otro a tierra rica y oscura y a cosas rotas y podridas en la tierra.

Un día y una noche en la carretera junto al viejo canal y otro día y esta noche que todavía no era amanecer al borde de las marismas.

Confía en Él. Esto está en Sus manos.

Y la voz de la mujer que no era la voz ronca y tensa que solía tener sino la voz despegada y maravillada ante algo que ha salido bien cuando no se esperaba o cuando no se esperaba tan pronto.

Si está mal que se haga esto, Él enviará a un ángel del Señor igual que lo envió a Abraham para perdonar a su hijo Isaac, y a Agar, a cuyo hijo devolvió la vida en el desierto de Berseba.

Con sus dedos regordetes, raspados y que sangraban con facilidad después de tres meses del jabón de lejía de siniestro color verde que era el único disponible en el centro de internamiento del condado, la mujer empuñó las grandes y sucias tijeras de costura para cortar el cabello enmarañado de la niña. Y con esos dedos regordetes le tiraba del pelo, sus nudos y enredones, el fino pelo beis de la niña que se había vuelto «feo» y «maloliente», y «lleno de piojos».

¡Estate quieta! ¡Sé buena! Te estoy preparando para el Señor.

Porque nuestros enemigos te arrebatarán, si no estás lista.

Porque Dios nos ha guiado hasta la tierra de Moriah. Su promesa es que nadie arrebatará ningún niño a su madre legítima en este lugar.

Y las tijeras gigantes cortaban y recortaban, con un alegre ruido. Se veía que las tijeras gigantes estaban orgullosas de eliminar el cabello manchado de la niña, que era repugnante a ojos de Dios. Pasaron las tijeras peligrosamente cerca de las tiernas orejas de la criatura, y ella tuvo un escalofrío, se revolvió, gimió y lloró;

y a la mujer no le quedó más remedio que darle un tortazo en la cara, no fuerte, pero sí lo bastante como para tranquilizarla, como solía hacer; lo bastante fuerte como para que la niña se quedase muy quieta, igual que hace incluso un conejito recién nacido cuando está en las garras del terror; y luego, cuando el cabello de la niña se extendía en rizos apagados por el suelo manchado de barro, la mujer pasó por la cabeza de la pequeña una cuchilla —una hoja firmemente agarrada entre los dedos— que rascaba el cráneo pelado, y la niña se estremeció y gimió más alto, y empezó a debatirse; y con una maldición, la mujer dejó caer la cuchilla, que estaba muy manchada y cubierta de pelo, y la apartó de una patada con una risotada sorprendida, como si, al querer librar a la niña de aquel pelo sucio y enmarañado que era una vergüenza a los ojos de Dios, la mujer hubiera ido demasiado lejos y se hubiera visto obligada a reconocer su error.

Porque no estaba bien que maldijera: *¡Me cago en Dios!*

Que tomara el nombre de Dios en vano: *¡Me cago en Dios!*

Porque en el centro de internamiento del condado de Herkimer, la mujer había hecho voto de silencio como desafío a sus enemigos y había hecho voto de obediencia absoluta a Dios Nuestro Señor y, en las semanas transcurridas desde su liberación, hasta ahora no había traicionado ese voto.

Ni siquiera en el juzgado de familia del condado de Herkimer. Ni siquiera cuando el juez le ordenó con sequedad que hablara, que se declarase *culpable, no culpable*.

Ni siquiera cuando la amenaza era que le iban a arrebatar a las niñas por la fuerza. Las niñas —las hermanas—, que tenían cinco y tres años, pasarían a la tutela del condado e irían a vivir con una familia de acogida, pero ni siquiera entonces habló la mujer, porque Dios la inundaba de fuerza delante de sus enemigos.

Así que la mujer sacó unas tijeras más pequeñas de la bolsa de lona, para cortarle las uñas a la niña, tan cortas que la tierna carne bajo ellas empezó a sangrar. Aunque la niña estaba asustada, logró contenerse y sólo tembló como el conejito que se mantiene quieto con esa esperanza desesperada que es la más poderosa en las criaturas vivientes, nuestra más profunda esperanza

de que, a pesar de que todo indique lo contrario, el terrible peligro pasará.

Porque ¿quizá era un juego? ¿Lo que el hombre con pelo de punta llamaba un juego? Oculta de la mujer estaba la tartalita de cereza —una dulce tarta de cereza envuelta en papel de cera, tan pequeña que cabía en la palma de la mano del hombre con pelo de punta—, tan deliciosa que la niña la devoró con avidez y deprisa, antes de que alguien pudiera quitarle un trozo. Había un chapoteo, que era el baño de la niña en la bañera de patas mientras la mujer dormía en la habitación de al lado, sobre el colchón desnudo puesto en el suelo, con piernas y brazos extendidos como si hubiera caído de espaldas desde lo alto, quejándose entre sueños y despertándose en un paroxismo de toses como si estuviera expulsando sus entrañas. El baño de la niña, a la que no habían bañado en muchos días, y mezclado con el baño estaba el «juego de las cosquillas». ¡Con cuidado!, como si fuera una frágil muñeca de porcelana y no una resistente muñeca de goma como Dolly, que se podía golpear, dejar caer en el suelo y darle patadas si estaba en medio del paso; ¡y en silencio!, el hombre con pelo de punta llevó a la niña al cuarto de baño y a la bañera de patas que tenía el tamaño de un abrevadero para animales y en el cuarto de baño, con la puerta cerrada, por la fuerza, porque la puerta estaba torcida y no se podía cerrar el pestillo, el hombre con pelo de punta le quitó a la niña el pijama sucio y la metió —¡también con mucho cuidado!, y con el dedo sobre los labios para indicar el cuidado y el silencio que debían tener—, la metió en la bañera, en el agua que salía del grifo manchado de óxido y que sólo estaba tibia, y había pocas pompas de jabón, salvo cuando el hombre con pelo de punta se frotó enérgicamente las manos con la pastilla de jabón Ivory que tenía un olor tan agradable y esparció las burbujas sobre el cuerpillo nervioso de la niña, como una cosa suave recién sacada de su concha, en el «juego de las cosquillas, el juego secreto de las cosquillas»; y entre salpicaduras, el agua pronto se enfrió y hubo que rellenarla abriendo el grifo, pero el grifo hacía un ruido como si se quejara en protesta y el hombre con pelo de punta se puso el dedo en los labios, apretados como los labios de un paya-

so televisivo, y alzó sus espesas cejas para hacer reír a la niña —o, si no se reía, que dejase de agitarse y debatirse—, ¡porque el «juego de las cosquillas» era muy «cosquilloso»!, y el hombre con pelo de punta se rio con una risa casi muda y poco después cayó en un sopor, con la boca abierta, porque había agotado la energía que corría por él como la electricidad por una bobina y la niña esperó hasta que el hombre con pelo de punta empezó a roncar, medio sentado y medio tumbado en el suelo encharcado del cuarto de baño con su espalda contra la pared y gotas de agua que brillaban en el vello denso, áspero y de color acero de su pecho y en los pliegues flácidos de su vientre y su entrepierna, y cuando por fin, al final de la tarde, cuando el hombre con pelo de punta se despertó —y cuando la mujer despatarrada en el colchón en la habitación de al lado se despertó—, la niña se había salido de la bañera, desnuda y tiritando, con la piel arrugada y blanca como la piel de un pollo desplumado, y durante mucho tiempo la mujer y el hombre con pelo de punta la buscaron hasta que la descubrieron aferrada a su fea muñeca de goma de cabeza desnuda, acurrucada como un gusanito pisoteado en madejas de telarañas y pelusas de polvo bajo las escaleras del sótano.

¡El escondite! ¡El escondite y el hombre con pelo de punta era el que tenía que encontrarla!

Porque qué eran las acciones de los adultos sino juegos y variantes de juegos. A la niña se le había hecho saber que un *juego* tenía un final, a diferencia de otras acciones que eran *no-juegos* y no podían terminar sino que se prolongaban como una carretera o una vía de tren o el río que corría bajo los tablones sueltos del puente próximo a la casa en la que la mujer y ella habían vivido con el hombre con pelo de punta antes del «problema».

¡Esto no te está haciendo daño! Ofenderás a Dios si armas tanto lío.

La voz de la mujer ya no sonaba tan tranquila sino cortante, como algo que se ha roto y produce dolor. Y los dedos de la mujer le hacían más daño a la niña, y las uñas, rotas y desiguales, se clavaban como garras de gato en la carne de la niña.

El delicado cuero cabelludo de la niña sangraba. Los pelos que le quedaban eran meros rastros. Entre los pelos pegajo-

sos que le quedaban, mal cortados y en parte afeitados, corrían pequeños piojos frenéticos. Ya le habían quitado la ropa sucia, la habían enrollado en una bola y la habían apartado de una pata-da. Era una cabaña de tela asfáltica que la mujer había encontrado en la maleza entre la carretera y el camino de sirga. La señal de Dios que la había llevado a ese lugar abandonado era una cruz desgastada y derribada en la cuneta que, en realidad, era un mojón kilométrico tan borrado que no se podían distinguir las palabras ni los números, pero la mujer había leído M O R I A H.

En este lugar repugnante en el que habían dormido envueltas en el abrigo arrugado y sucio de la mujer no había posibilidad de bañar a la niña. Tampoco habría habido tiempo de bañar a la niña, porque Dios estaba volviéndose impaciente ahora que estaba amaneciendo y por eso las manos de la mujer se movían con torpeza y sus labios se movían pronunciando una oración. El cielo iba iluminándose como un gran ojo que se abriera y en la mayor parte había nubes apelonadas y densas como pedazos de hormigón.

Salvo en la fila de árboles al otro extremo de la marisma por donde se alzaba el sol.

Salvo si una miraba con tanta atención que podía ver cómo se deshacían las nubes de hormigón y el cielo se cubría de capas de nubes traslúcidas de color rojo pálido, como venas en un gran corazón traslúcido que era el despertar de Dios al nuevo amanecer en la tierra de Moriah.

En el coche, la mujer había dicho: *Lo sabré cuando lo vea. Tengo confianza en el Señor.*

La mujer dijo: *Salvo el Señor, todo está acabado.*

La mujer no hablaba con la niña porque no tenía costumbre de hablar con la niña cuando estaban solas. Y cuando estaban en presencia de otros, la mujer había dejado de hablar por completo y esos otros que no habían conocido antes a la mujer tenían la impresión de que era muda y sorda y probablemente había nacido así.

En presencia de otros, la mujer había aprendido a encogerse en su ropa, que le estaba grande porque durante sus embarazos había tenido vergüenza y miedo de los ojos de des-

conocidos que la recorrían como rayos X y por eso había comprado ropa de hombre que le ocultaba el cuerpo, aunque alrededor del cuello, atado con un nudo flojo, como le dolía muchas veces la garganta y temía tener faringitis, llevaba un pañuelo de una tela morada brillante y arrugada que había encontrado en la basura.

La niña estaba desnuda dentro del camisón de papel. La niña estaba sangrando por su cuero cabelludo herido por la cuchilla, por una docena de heridas diminutas, tiritando y desnuda dentro del camisón de papel verde claro con el sello del centro de internamiento del condado de Herkimer apenas visible, que las tijeras gigantes habían cortado para reducir su largo, aunque no el ancho, de modo que el camisón de papel llegaba justo hasta los delgados tobillos de la niña.

Un camisón de papel cuyo origen se remontaba a la unidad médica del condado de Herkimer adscrita al centro de internamiento de mujeres.

En el asiento trasero del Plymouth traqueteante y oxidado que constituía la única herencia del hombre con pelo de punta estaba la muñeca de goma de la niña. *Dolly* se llamaba la muñeca que había sido de su hermana y ahora era suya. La cara de Dolly estaba sucia y sus ojos ya no veían. La pequeña boca de Dolly era un frunce en la deprimente carne de goma. Y Dolly también estaba casi calva, con sólo unos restos de pelo rubio rizado en los que se podía ver cómo habían pegado los finos cabellos de color beis a la piel de goma.

A ciento trece kilómetros al norte de Star Lake, tan lejos para la mujer y la niña como la otra cara, la mitad oculta de la luna, las sombrías marismas junto al río.

Tan serpenteante y llena de curvas estaba la carretera por la montaña que para un viaje de ciento trece kilómetros hicieron falta días, porque a la mujer le daba miedo conducir aquel automóvil desvencijado a más de cincuenta. Y además, era importante para ella, porque su obediencia a Dios se manifestaba en esa lentitud y ese ritmo pausado, como alguien que sólo sabe leer poniendo el dedo bajo cada letra de cada palabra y enunciándola en voz alta.

La niña no estaba preocupada. Pero la mujer creía de corazón que la niña estaba preocupada porque las dos niñas eran rebeldes. Ni había forma de pasar el peine por un cabello tan enredado.

Con sus chillidos burlones los cuervos injuriaban a Dios.

Insultos que exigían saber, como la juez (mujer, de mediana edad) había exigido saber por qué se había encontrado a esas niñas sucias y semidesnudas rebuscando en un basurero detrás de Shop-Rite, buscando comida como perros callejeros y criaturas salvajes que se encogían al enfocarlas con la luz de una linterna. Y la hermana mayor se aferraba a la mano de la pequeña y no la soltaba.

Y cómo explica la madre y cómo ruega la madre.

La mujer se alzaba orgullosa con la barbilla levantada y los ojos cerrados frente a la Puta de Babilonia con su túnica negra pero unos labios pintados, chillones, y unas cejas depiladas como alas de insecto arqueadas. La mujer no estaba dispuesta a *rogar* igual que no estaba dispuesta a caer de rodillas ante esta visión de una prostituta.

Le habían quitado a las niñas y las habían colocado bajo la tutela provisional del condado. Pero la voluntad de Dios era tal que todo lo que era legítimamente de la mujer se le había restituido, con el tiempo.

En todas esas semanas, esos meses, la mujer nunca había perdido su fe en que todo lo que era suyo se le restituiría.

Y ahora al amanecer, el cielo en el este empezaba a cambiar, a expandirse. El cielo gris como el cemento que es el mundo huérfano de Dios estaba retirándose. Casi se podían ver ángeles de la ira en las nubes rotas. Una luz reluciente en las extensiones de agua estancada en las marismas, del color de la sangre aguada. A menos de ochocientos metros del río Black Snake en un área desolada del nordeste del condado de Beechum, en las colinas de los Adirondacks, adonde la mano de Dios la había guiado. Aquí estaban los restos de un molino abandonado, una carretera sin asfaltar y escombros putrefactos en medio de altas hierbas como serpientes que se estremecían y susurraban en el viento. Raíces de árboles al descubierto y troncos

de árboles caídos y pudriéndose, con los rostros retorcidos y asustados de los condenados. Y qué belleza en esos lugares olvidados, Niña de Barro se acordaría toda su vida. Porque los sitios a los que más afecto guardamos son aquellos a los que nos han llevado a morir pero en los que no hemos muerto. Ningún olor más acre que el agudo olor a estiércol de las marismas en los puntos donde rezuma el agua salobre del río y queda atrapada y estancada, con algas de un verde brillante como el de un lápiz de colorear. Vastas hectáreas insondables entre hierbas de enea y estramonio y restos dispersos de viejos neumáticos, botas, trozos de ropa, paraguas rotos y periódicos podridos, cocinas abandonadas, neveras con las puertas abiertas de par en par como brazos vacíos. Al ver una pequeña nevera cuadrada, caída de lado en el barro, la niña pensó: *Nos va a poner dentro de ésta.*

Pero había algo extraño en esto. La idea le vino a la cabeza un segundo más tarde, corregida: *Nos ha puesto dentro de ésta. Ha cerrado la puerta.*

Se oyó un estruendo de cuervos, mirlos de ala roja, estorninos, como si la niña hubiera hablado en voz alta y hubiera dicho algo prohibido.

La mujer gritó, agitando su puño hacia las aves: ¡Dios os maldecirá!

Los chillidos acusadores subieron de volumen. Aparecieron más pájaros de negras plumas con las grandes alas extendidas. Se posaron en los esqueletos de árboles, feroces y ruidosos. La mujer gritó, maldijo y escupió pero los chillidos de las aves continuaron y la niña comprendió que los pájaros habían venido por *ella*.

Los ha enviado Satán, dijo la mujer.

Ya era hora, dijo la mujer. Un día y una noche y otro día y ahora la noche que había dejado paso al amanecer del nuevo día y ya era hora, así que a pesar de los chillidos de los pájaros la mujer llevó a la niña, mitad andando mitad en brazos, con su camisón de papel desgarrado, hacia el molino en ruinas. Tiraba de la niña de tal forma que parecía como si su bracito pálido y delgado se le fuera a salir de sitio.

La mujer avanzó hacia el molino en ruinas, que despedía un intenso olor a algo dulce, rancio y fermentado, y hacia

una zona de ladrillos rotos y madera podrida, caídos entre un barro rico y oscuro y hierbas puntiagudas tan altas como las niñas. Con las prisas asustó a una larga serpiente negra que dormía en la madera podrida, pero la serpiente se negó a irse con rapidez y se deslizó poco a poco y de manera sinuosa, desafiando a la intrusa. Al principio, la mujer se detuvo, la mujer miró fijamente, porque la mujer estaba esperando a que se le apareciera un ángel del Señor, pero la serpiente negra y sinuosa no era ningún ángel del Señor, y en un arrebato de dolor, decepción y empeño, la mujer gritó: Satán, vete al infierno de donde viniste, pero la serpiente, con aire insolente y triunfador, ya había desaparecido entre la maleza.

La niña había dejado de gemir porque la mujer se lo había prohibido. La niña, descalza y desnuda bajo su camión roto y arrugado de papel verde con el pálido sello del centro de internamiento de Herkimer. Las piernas de las niñas eran muy delgadas y estaban llenas de picaduras de insectos, y muchas de esas picaduras sangraban o habían sangrado hasta hacía poco. La cabeza de la niña casi calva, con un resto de cabello y sangrando, y los ojos asombrados, sin comprender nada. Al final de un camino que llevaba al sendero del canal, había un trozo de tierra que relucía lleno de barro del color de la mierda de bebé y estaba teñido de un amarillo azufre: y el olor era olor a mierda de bebé, porque aquí había muchas cosas podridas y muertas. Del interior del pantano ascendían débiles brumas como los alientos que exhalan las cosas moribundas. La niña empezó a llorar sin remedio. Mientras la mujer la llevaba por el trozo de tierra, la niña empezó a intentar zafarse, pero no lo consiguió. La niña estaba débil por malnutrición, pero de todas formas no lo habría conseguido porque la mujer era fuerte y la fuerza de Dios llenaba su ser como un faro iluminado. El rostro de la mujer despedía luz, nunca había estado tan segura de sí misma ni tan feliz de su certidumbre como ahora. Por saber ahora que el ángel del Señor no se le iba a aparecer como el ángel del Señor se le había aparecido a Abraham y Agar, que había dado a luz al hijo de Abraham y había sido expulsada al desierto por Abraham con el niño para morir de sed.

Y ésta no era la primera vez que se le había ocultado el ángel del Señor. Pero sería la última.

Con una risa amarga la mujer dijo: Aquí está, te la devuelvo. Tal como Tú me has exigido, te la devuelvo.

Primero, Dolly: la mujer arrancó a Dolly de los dedos de la niña y la arrojó al barro.

¡Aquí la tienes! Aquí está la primera de ellas.

La mujer hablaba con palabras duras y alegres. La muñeca de goma yacía, asombrada, en el barro.

Después, la niña: la mujer la agarró en sus brazos para sacarla del trozo de tierra y empujarla hacia el barro, la niña, aferrada a ella, se atrevió sólo ahora a gritar ¡*Mamá!* ¡*Mamá!*! La mujer soltó los dedos de la niña y empujó y pateó a la niña por la pronunciada pendiente hasta el barro reluciente de más abajo junto a la fea muñeca de goma, y allí la niña se debatió con sus delgadas extremidades desnudas, ahora boca abajo y con su pequeño rostro sorprendido en el barro, de modo que el grito *Mamá* llegaba apagado, y arriba en el terraplén la mujer buscó algo —una rama de árbol rota— para arrojárselo a la niña porque Dios es misericordioso y no querría que la niña sufriera pero la mujer no podía llegar a la niña y por eso, frustrada, le arrojó la rama porque toda la calma de la mujer había desaparecido y ahora jadeaba, sin aliento y medio llorando, y para entonces aunque la fea muñeca de goma estaba donde había caído en la superficie del barro, la niña, agitada, estaba siendo absorbida en un barro frío y borboteante que apenas se calentaba bajo el sol, un barro que llenaba la boca de la niña, y un barro que llenaba los ojos de la niña, y un barro que llenaba las orejas de la niña hasta que no quedó nadie en el trozo de tierra sobre el barro para observar sus forcejeos ni ningún sonido más que los chillidos de los cuervos ofendidos.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. Código Penal).

Sobre la autora

Joyce Carol Oates nació en Lockport, Nueva York, en 1938. Es una de las grandes figuras de la literatura contemporánea estadounidense. Ha sido galardonada con numerosos premios, como el National Book Award, el PEN/Malamud Award y el Prix Fémina Étranger. En 2011 recibió de manos del presidente Obama la National Humanities Medal, el más alto galardón civil del gobierno estadounidense en el campo de las humanidades, y en 2012, el premio Stone de la Oregon State University por su carrera literaria. Alfaguara inició en 2008 la publicación de su obra con la magistral *La hija del sepulturero*, a la que siguieron *Mamá, Infiel* —para muchos la mejor recopilación de relato breve de Oates y uno de los libros más destacados de 2001 según *The New York Times*—, *Ave del paraíso*, *Memorias de una viuda*, *Una hermosa doncella*, *Blonde* —su monumental novela sobre la vida de Marilyn Monroe que fue finalista del Premio Pulitzer—, *Hermana mía, mi amor* —galardonada con el Grand Prix de l'Héroïne Madame Figaro— y, ahora, *Mujer de Barro*.